

La entrevista

Agustí Blanch Cirujano plástico. Opera a personas sanas que quieren mejorar su aspecto sin llegar a la estridencia. Lo considera un acto saludable. Explica su método en la Universidad de Milán (Italia).

«La mejor cirugía estética es la que no se nota»



ÀNGELS GALLARDO



—¿Tener un buen físico llegará a ser tan importante como vestir bien?

—Nunca será tan imprescindible como ir limpio y cuidado, pero es evidente que una persona agraciada físicamente consigue con más facilidad lo que quiere. No es obligatorio ser estéticamente guapo, pero un aspecto correcto denota que lo que harás será correcto. Si una persona se organiza bien a sí misma —corbata bien puesta, vestido adecuado, pelo peinado—, organizará bien al grupo que ha de dirigir, y su proyecto. Un jefe desaliñado no inspira.

—¿Por qué se operan sus clientes?

—Los motivos casi siempre son los mismos, sean mujeres u hombres. Algunas quieren operarse porque su marido tiene una novia más joven e intentan recuperarlo: es el mayor error del mundo. Las parejas no se rompen por un asunto físico, sino porque algo más se ha destruido.

—¿Y ellos?

—Algo semejante. Cuando pasan de los 45 o 50 años, vienen porque ha habido un cambio importante en su vida, y eso siempre es una separación o un divorcio. Se dicen: «Tengo 55 años, estoy de nuevo en el mercado, disponible para buscar pareja: voy a arreglarme la cara».

—Pensaba que me iba a decir que se operan tras ser nombrados director general de su empresa.

—El tema de la pareja pesa muchísimo

mo más. A veces, si cambian de empresa, sí que aprovechan para llegar con un aspecto de ejecutivo joven. Se estiran los párpados, cosas así.

—¿Por qué se ocultan o se niegan estas intervenciones?

—Para no mostrar una debilidad, cosa que es falsa, o para que no les digan que tienen un complejo. Yo no opero a personas acomplejadas, sino a quien quiere mejorar. Un complejo es una enfermedad, un conflicto psíquico, más que un defecto físico.

—Sus pacientes tienden a ser poco espirituales.

—No, no. Tengo pacientes del Opus, muy espirituales. Lógicamente, no son religiosas ordenadas. Operarse no es un pecado. Ahora se hacen cirugía estética todo tipo de profesionales e intelectuales. De las artes y las letras. Personas normales que tienen su ego y quieren verse bien.

—¿Le piden imposibles?

—Sí. Con frecuencia. Y entonces he de explicar, con buenas palabras, que lo que solicitan no está previsto por la técnica quirúrgica. El cuerpo humano no es de plastilina, aunque mucha gente lo piensa así, y yo no soy un artista, sino un artesano profesional, con mucha técnica. No soy Dalí ni Miró. Cuando leo eso de *el Leonardo da Vinci de la cirugía se me ponen los pelos de punta*.

—Defina, por favor, qué es una buena cirugía estética.

—La mejor cirugía estética es la que no se nota. Si el resultado es muy evidente, no es un buen resultado. Hemos de buscar lo natural. Esos *liftings* que dejan la cara como si fuera en moto a 200 por hora tienen el

Poco traumático

En tercero de Medicina comprendió que, aunque le interesaba la cirugía, siempre tendería hacia las intervenciones menos traumáticas. Evitaría abrir vientres, estómagos, cerebros... eludiría la presencia de las vísceras. «Quería algo más refinado. Más de detalle, no de bulto», explica Agustí Blanch (Barcelona, 1958), vicepresidente de la Societat Catalana de Cirurgia Plàstica i Estètica, profesional de extensa trayectoria. Se formó en Milán, cuna del buen estilo, y allí sigue impartiendo clases.

riesgo de acabar dando el parecido de un travesti: hacen caras con pómulos exagerados, agresivos, y crean mujeres con rostro de hombre.

—¿Por qué hay tanta demanda de aumento de mamas?

—¡Hombre! Porque es un gran atributo sexual. Cada vez nos piden pechos más grandes. Y hablo de españolas de 18 a 40 años. Es la cirugía estética más solicitada. Yo siempre prefiero quedarme corto que pasarme por grande, pero ya

hay muchas peticiones de aumentos de más de 275 centímetros cúbicos de silicona. Grandes. A veces me dicen: «Doctor, lo quiero grande, pero que no se note». Y eso no puede ser.

—Un gran atributo, dice.

—Sí. Cuando una mujer lleva un pecho grande se encuentra segurísima de sí misma. Los vestidos le sientan de maravilla, le aprietan los botones de las blusas, las camisetas se marcan y los tirantes le quedan de cine.

—¿De qué perfil de mujer habla?

—De profesionales. Abogadas, notarias, juezas, políticas con alto cargo. También vendedoras de *boutique* y maestras que, cuando van a clase, visten blusas dos tallas grandes para que los alumnos no noten nada. O ejecutivas de multinacional, con gran responsabilidad. Ellas saben que un buen pecho es un poder. Una forma de controlar la situación.

—Un poder.

—Claro. Cada cual utiliza sus armas. Yo se lo advierto antes de operarlas: «Esto que te pondré es un arma letal, y de ti depende el uso que hagas». Un buen pecho, bien vestido, puede hacer daño a mucha gente.

—¿Daño?

—Los hombres, en general, tenemos instintos primarios, tanto un presidente de Gobierno como un cardenal de Roma: unos miran y otros cierran los ojos. Pero somos así, y a veces reaccionamos de forma peligrosa. Según lleves el pecho, puedes resultar demasiado atrevida. Es posible que un compañero que nunca se ha fijado en ti, ahora lo haga por tus pechos, y eso te cree un problema de relación. Lo dicho, un arma letal. ■